

**Reinhart Wolf: *Castillos. Burgen in Spanien*. Con textos de Cees Nootboom, Fernando Chueca Goitia y Hermann Schreiber. München: Schirmer/Mosel 2001. 112 páginas (con muchas ilustraciones).**

Se trata de la re-edición de un libro con extraordinarias fotografías de castillos de Reinhart Wolf, publicado por primera vez hace ahora ya 20 años (las fotos datan de los años 1981 y 1982) y enriquecido con un prólogo del célebre Cees Nootboom, con una introducción a la historia de la arquitectura y del arte del que fuera hasta 2001 director del Prado, Fernando Chueca, y con unos comentarios detallados a las reproducciones de Hermann Schreiber.

Indudablemente, los castillos son edificios impresionantes. El fotógrafo se ha decidido a retratarlos exclusivamente, sin vida, sin personas, sin animales, ni siquiera con uno de aquellos pintorescos “pueblos blancos” al pie que se pueden ver en tantas fotos como contraste al pardo-oscuro de la ruina del castillo, en la cima de la montaña. España es el país de los castillos por antonomasia, y a pesar de haber sido destruidos muchos, otros tantos siguen en pie y permiten reconstruir los continuos movimientos del frente bélico a lo largo de los siglos.

Naturalmente, se cita a José Ortega y Gasset, a Gregorio Marañón, a Salvador de Madariaga, a toda una pléyade de autores que mencionan en sus obras más o menos inteligentemente los castillos españoles. Pero lo verdaderamente impresionante del tomo no son los textos, sino las fotos. Es significativo que las tablas reproducidas no hayan perdido nada de su expresividad artística a lo largo de dos

décadas. Nootboom habla de un “archivo de piedra”; y en muchos sentidos, los paisajes y los castillos confluyen hasta formar documentos pétreos históricos, con paisajes igual de monumentales que los edificios. En resumen, un tomo que encantará a quien conozca los castillos y animará a visitarlos a quien todavía no haya tenido la dicha de conocerlos.

*Walther L. Bernecker*

**Thorsten Droste: *Die Pyrenäen*. Fotos de Louis Berenger y Thorsten Droste. München: Hirmer 2001. 270 páginas (con muchas ilustraciones).**

El libro se entiende como una introducción a la región de los Pirineos, abarcando tanto el lado español como el francés. En su vasta extensión desde el Mediterráneo hasta el Atlántico, la cordillera pirenaica marca una barrera natural entre la península Ibérica y Europa Occidental, una barrera que fue interpretada como tal sólo en la Edad Moderna, como frontera política entre los rivales Francia y España. En la retrospectiva histórica, esta región a los dos lados de las montañas forma una unidad geográfico-cultural; ante todo en la Edad Media desempeñó un papel primordial en la difusión de corrientes artísticas. En el actual proceso de unificación europea las interconexiones históricas y culturales vuelven a adquirir gran importancia; el libro nos presenta los Pirineos en este sentido como un paisaje cultural de dimensiones europeas.

El espectro cultural de los Pirineos se remonta hasta los tiempos prehistóricos; los iberos, romanos, visigodos, árabes y

francones dejaron sus huellas en esta región demostrando implícitamente que la cordillera a pesar de su apariencia topográfica ofrecía una notable permeabilidad entre Norte y Sur. Más llamativas son las diferencias entre Este y Oeste; se refieren tanto al clima (mediterráneo versus atlántico) como a lengua y cultura.

Desde el siglo VIII, la Reconquista avanzó, desde la región pirenaica, hacia el Sur, haciendo retroceder a los árabes cada vez más. En esta lucha se establecieron Cataluña bajo los condes de Barcelona, y los reinos cristianos de Navarra y Aragón como “Estados” a ambos lados de la cordillera pirenaica con constelaciones políticas y dinásticas cambiantes, además de otros condados más pequeños como Cerdagne o Comminges. Como testimonios de esta época medieval, una multiplicidad de edificios, esculturas, frescos y otras obras de arte reflejan interconexiones y formas del arte y de la cultura en la región pirenaica.

El libro comprende las diversas regiones pirenaicas, tanto en el lado español como en el francés. Resalta los rasgos comunes y al mismo tiempo las peculiaridades regionales, y documenta la riqueza de monumentos medievales como invitación a un “viaje imaginario” a través de la cordillera.

El libro está subdividido en dos partes: la primera (“Introducción”) presenta las estructuras históricas comunes, analiza el arte y la cultura de la región como una unidad a través de los siglos. La segunda (“Panorama de los paisajes y monumentos artísticos”) está ordenada por regiones: Cataluña, Rousillon, Aragón, Navarra, Béarn y el País Vasco Francés, etcétera. Esta segunda parte está profusamente ilustrada (a todo color) y bien documentada. El anexo comprende un mapa de la región, una genealogía, una tabla cronológica, una bibliografía (muy sumaria) y un índice.

Como introducción al arte y a la cultura de la región pirenaica, se trata de un tomo muy recomendable.

*Walther L. Bernecker*

**James Casey: *Early Modern Spain. A social history*. London: Routledge 1999. IX, 305 páginas.**

En la serie de historias sociales europeas, publicada por la editorial Routledge, en la que en 1990 ya apareció “A Social History of Modern Spain” de Adrian Shubert, ahora se nos presenta una historia social de la España moderna entre los años 1500 y 1800. En la introducción al tomo, el autor caracteriza la fase histórica analizada por medio de tres rasgos característicos de desarrollo: por un lado, el crecimiento de las ciudades y la economía de mercado como precursora de la Revolución Industrial con el *turning point* que significó el descubrimiento de América para el surgimiento de una economía mundial; por otro lado, el advenimiento del Estado burocrático con la importancia centralizadora del ejército y la administración, si bien esta característica no se impondría en España plenamente hasta el siglo XX, conservando el país de esta manera un mayor tradicionalismo, reforzado además por la influencia de la Iglesia Católica. También el tercer rasgo, el Renacimiento y más tarde la revolución científica, no se desarrollarían plenamente en España, debido a la importancia de la Contrarreforma, dando lugar a una específica relación entre religión, por un lado, y formas económico-sociales por el otro.

Desde hace algún tiempo, la investigación de la historia social se realiza sobre la base de conceptos de cultura popular, explorando los valores y las solidaridades

de la gente común; el marco global de la “modernización” que dio durante mucho tiempo preeminencia a los historiadores económicos, momentáneamente no está en boga. En el caso español, los nuevos cuestionamientos y enfoques conllevan el problema de tener que conjugar la continua y cambiante interrelación entre centro y periferia, entre un nivel superior (general) y otro inferior (regional o local), entre las grandes fuerzas del desarrollo capitalista en el ámbito nacional y la estática vida en el campo, entre los representantes del Estado y las redes clientelares de las elites locales, entre la Iglesia inquisitorial y el poder espiritual de los curanderos del pueblo.

El libro de J. Casey trata varios de estos aspectos, dejando más bien de lado las “grandes” cuestiones historiográficas debatidas durante tanto tiempo, como son el problema de la “decadencia” económica, política y militar de España en los siglos XVII y XVIII o el cambio de dinastía con motivo de la Guerra de Sucesión. Los primeros cuatro capítulos discuten las influencias estructurales sobre la economía que mantuvieron al país —subpoblado y mal integrado— en una situación de “frontera” hasta mucho después de concluida la Reconquista, insistiendo en los límites de una economía agrícola y resaltando los costos de mantener el Imperio. Si bien hay que considerar los problemas originados por la geografía, los factores cruciales para explicar la perseverancia del tradicionalismo recaen en las relaciones sociales y políticas. Siguiendo las tesis de Ortega y Gasset, el autor afirma que España no desarrolló plenamente el feudalismo, ya que la numerosa nobleza guerrera y la gran cantidad de ciudades fortificadas crearon una especie de comunidad igualitaria y descentralizada. Los siguientes tres capítulos analizan, consecuentemente, la naturaleza del feudalismo tardío, la inte-

gración de los “villanos” en la cultura del honor y de la dependencia, así como el difícil equilibrio entre la monarquía y sus poderosos súbditos. Y los últimos tres capítulos explican la estabilidad y longevidad de este sistema que dependía de la actitud hacia la ley y el orden, de la lealtad frente a la familia, del respeto a Dios (los dioses) y los principios de la moral. Los cambios en estos sectores sentaron las bases del mundo moderno de nuestros días.

En la contracubierta del libro, se puede leer: “Focusing on the main themes of the development of capitalism, the growth of the state and religious upheaval, this comprehensive social history sheds lights on changes throughout Europe in the critical early period”. Si bien muchos de los aspectos tratados son característicos del desarrollo europeo de la época, otros son específicamente españoles. Haber resaltado ambos rasgos, es uno de los puntos fuertes de este libro que si bien no es una nueva investigación original basada en fuentes archivísticas, sí es una obra de síntesis que aglutina los resultados de múltiples estudios aparecidos en los últimos veinte años.

Walther L. Bernecker

**Walther L. Bernecker: *Spanische Geschichte. Von der Reconquista bis heute*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft 2002. 248 páginas.**

Walther L. Bernecker es un historiador alemán conocido por sus numerosos libros sobre España y Latinoamérica. Su documentado estudio *Colectividades y revolución social* (Barcelona: Crítica, 1978) le acreditó como uno de los reputados historiadores de la Guerra Civil, espe-

cialmente en lo que se refiere al anarquismo y, en general, a la dimensión social de la España de los años treinta. Los libros de Bernecker sobre España y Latinoamérica, no traducidos al español en su mayoría, se distinguen por su claridad y su concisión. De estas cualidades es una buena prueba el presente libro, que no constituye sólo un repaso de la historia social de la España contemporánea, sino que en sus 248 páginas ofrece una panorámica desde los Reyes Católicos hasta hoy. No es fácil elegir lo esencial de una etapa tan larga con la concisión que el lector encuentra en este texto. Con esto queda ya claro que la obra no pretende ser una investigación o exploración de un aspecto determinado de la historia, sino una síntesis de ella durante el período, aunque con algunas diferencias de elaboración, ya que el número de páginas dedicadas a los siglos XIX y XX muestra que son estos dos siglos los que han merecido más cuidadosa atención.

El libro consta de 10 capítulos, seguidos de las correspondientes notas, normalmente breves y referidas a bibliografía sobre el asunto tratado; finalmente, hay una bibliografía general y un índice de nombres. Cada capítulo va precedido de un cuadro cronológico de gran utilidad, ya que facilita al lector tener a mano las fechas de los principales acontecimientos de la etapa considerada, lo que evita al autor el tener que relatar explícitamente esta secuencia de hechos y le permite, en cambio, poner el acento en su conexión e interdependencia.

Toda la estructura del libro está concebida para ofrecer al lector una síntesis de la historia de España en sus últimos quinientos años: final de la Reconquista, conversión de España en potencia mundial, lento declinar del Imperio frente a otras potencias europeas, esfuerzo de modernización en el siglo XVIII, las convulsiones políticas y sociales del siglo

XIX, la República y la Guerra Civil, la transición democrática y la consiguiente integración de España en la Comunidad Europea.

El desarrollo de los capítulos está realizado con el rigor al que nos tiene acostumbrados Bernecker y con la apertura que es también característica suya. Cuando las visiones o interpretaciones de los temas son divergentes o incluso contradictorias, Bernecker no suele eludir el ponerlo de manifiesto, sintetizando concisa y claramente los respectivos argumentos a favor de cada interpretación, con lo que el lector obtiene una panorámica del estado de la discusión, más que una interpretación unívoca. Ésta es una de las cualidades más positivas que destacaría en la forma de historiar del autor. Ejemplos de esta apertura, que invita al lector a profundizar por sí mismo en el tema controvertido, pueden serlo tanto la Inquisición como el papel de los judíos y musulmanes en la conformación de la tradición española, pero, sobre todo, la misma Guerra Civil.

Considero también relevante, tanto para el lector alemán como para el español, el hecho de que Bernecker conozca tanto la historiografía alemana sobre España (que nunca ha sido hasta hoy abundante, comparada con la existente sobre Francia o el Reino Unido) como la historiografía y los archivos españoles. Esto le lleva a historiar desde una perspectiva más amplia, que me atrevería a llamar más europea, que la de quienes escriben historia desde una exclusiva perspectiva nacional, aparte de la interesante empatía (*Einfühlung*), por decirlo en el lenguaje de Herder, que ello supone. Aparte de que la historia de España tiene bastante que ver con la de Alemania en la etapa de los Habsburgos, hay una forma de historiar, que fue típica en el pasado y que, vista desde Alemania, marcaba de entrada la exclusión de España por ser el país de la

Contrarreforma. Esta exclusión, o si se quiere, esta diferencia, no es tratada por Bernecker de acuerdo con este prejuicio típico del pasado, sino más bien desde una consideración amplia de la historia europea. A esto me refiero con lo de la empatía, nacida de un profundo conocimiento de España.

En definitiva, el lector tiene en estas páginas una valiosa síntesis que le permitirá enriquecer, si lo desea, el tratamiento de los temas desarrollados por el autor, gracias a las oportunas referencias bibliográficas sobre cada uno de ellos.

*Pedro Ribas*

**Gottfried Maron: *Ignatius von Loyola. Mystik – Theologie – Kirche*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht 2001. 301 páginas.**

Gottfried Maron, profesor emérito de Historia Eclesiástica de la Universidad de Kiel, analiza en este libro la figura de Ignacio de Loyola, fundador de la orden de los jesuitas, considerando su vida y su doctrina mediante el tratamiento de cuestiones principalmente teológicas.

A pesar de que toda la obra gire en torno a la figura de Ignacio de Loyola, el apartado dedicado a los datos biográficos es muy corto, y constituye una breve introducción al resto de la obra. Es en los capítulos siguientes donde Maron desgrana los distintos momentos de su vida, en función de los temas tratados, que a su vez han sido elegidos para ejemplificar mejor y exponer la figura de Ignacio de Loyola, así como su doctrina. Siguiendo este principio encontramos un análisis de la relación del santo con la Santa Escritura, así como de los componentes místicos y teológicos de su doctrina. La institución de la

Iglesia dentro de la doctrina ignaciana merece un apartado especial, estudio que el autor realiza considerando los escritos del santo. También merecen su atención la naturaleza y desarrollo de la Compañía de Jesús, así como el papel del hombre en las tesis de Ignacio. El libro se cierra con un análisis de la Reforma, como contexto histórico y como posible condicionante en la evolución jesuítica, y con un breve análisis de la historiografía protestante sobre Ignacio de Loyola, corriente a la que él mismo se adscribe.

Para Maron, Ignacio prestó poca atención a la Biblia para construir su doctrina, detalle que le aleja de la línea humanística de Erasmo o Lutero. El fundador de la Compañía de Jesús intentaría imponer su propia visión de la figura de Jesucristo, y esta tutoría espiritual sería una de las bases de los *Ejercicios*. Éstos implican una transmisión de la doctrina, denominada *historia*, seguida de una fase contemplativa, en la que el ejercitante interioriza la figura de Jesús utilizando su fuerza imaginativa, siendo el último paso de este proceso la oración. Según Maron, lo importante para Ignacio de Loyola es la figura de Jesús, y no su palabra, como en el caso de Lutero. Este anhelo, interiorizar y revivir la persona de Jesucristo, sería básico en San Ignacio. A pesar de la transmisión de la doctrina, tutelada por un superior, el autor resalta la creatividad imaginativa reservada al ejercitante. Junto con otros condicionantes sería éste un factor decisivo en la evolución de las artes figurativas y del teatro durante la Contrarreforma. Maron ve en Ignacio un eslabón fundamental dentro de la teología en su evolución de la Edad Media a la Edad Moderna. La influencia bajo-medieval provendría tanto de su época laica, como cortesano, momento que para Maron es muy importante en la evolución ignaciana, como por el influjo que en él ejerce la

corriente de la *devotio moderna*. Resalta el hecho de que las tres principales lecturas de Ignacio en su fase inicial fueron posibles gracias a su traducción del latín al castellano, fomentada por el cardenal Cisneros, representante de esta corriente en la península. A pesar de ello, su repulsa a cualquier crítica contra la Iglesia separará a Ignacio de Erasmo de Rotterdam.

La doctrina de Ignacio estaría basada en la alabanza a Dios y a la Iglesia, se fundamentaría en la obediencia, desterrando cualquier crítica, lo cual también le alejaría de la corriente humanística. No obstante no puede colegirse de esto una oposición frente al Humanismo. Maron llama la atención sobre la importancia de la razón humana, por encima de los afectos, dentro de la doctrina ignaciana. Al ocuparse del tema de la modernidad del santo, recuerda que el filósofo francés Descartes se formó en una institución jesuítica. Por otro lado, Ignacio no aceptaría la alternativa existente en la época entre la Escolástica por un lado y la Biblia y los Padres de la Iglesia por otro, sino que intentaría integrar ambas corrientes. Otro detalle de modernidad sería el antropocentrismo teológico de su doctrina. Ignacio plantea la Reforma desde abajo, a nivel del individuo. Maron resalta que el objetivo de la Compañía es ayudar al alma, al individuo en definitiva. Analizando el concepto de tiempo en Ignacio de Loyola, así como su valoración de la salud, y su postura contraria a tener en cuenta criterios de pureza de sangre dentro de la Compañía (que no obstante terminarían imponiéndose a finales del siglo XVI), resalta también su modernidad.

Maron apunta que un acercamiento a la figura del santo no puede desatender la consideración del momento histórico en el que se inscribe. Así, se refiere a dos épocas en la vida y doctrina de Ignacio de Loyola, una individualista, laica, y otra eclesiástica. También distingue entre dos mo-

mentos dentro de la evolución de la Compañía, que se corresponden con la evolución histórica y religiosa en la época. En el primer momento, la Compañía se encuadraría en una corriente conciliadora dentro de la Iglesia, que buscaba una solución a la Reforma a medio camino entre la postura conservadora (Paulo IV) y la afín al luteranismo. En el segundo período aparecería el culto a María, así como una adecuación a las nuevas exigencias de un orden en crecimiento y llamada a representar al catolicismo frente a la Reforma. Maron apunta también que la aparición de la Compañía como orden sería un aspecto revolucionario en el contexto de la milenaria tradición monástica.

Por último, al analizar el debate historiográfico sobre la figura de Ignacio de Loyola, lamenta la ausencia de obras desde el punto de vista evangélico, y llama también la atención sobre un fenómeno parecido desde el campo jesuita con respecto a Lutero. Maron propone un análisis de ambas figuras evitando confrontaciones, buscando una confluencia enriquecedora, dentro del espíritu ecuménico que debe predominar en nuestros días.

Esta obra pretende acercar la figura de Ignacio de Loyola al lector. La narración es amena y seduce por su claridad. El autor intenta también solucionar posibles complicaciones para lectores poco versados en el tema o en el contexto histórico, por lo que explica brevemente, pero con precisión, términos o momentos históricos que son relevantes para la comprensión del texto. Otro detalle interesante es su referencia continua al estado de la cuestión sobre los temas tratados, pero sin salirse del asunto en cuestión. Al ser la obra fruto de una larga reflexión sobre Ignacio de Loyola, gestada a lo largo de la carrera docente de Maron, como él mismo indica en el prólogo, el autor refleja en muchos lugares su opinión, argumentando

los aspectos en los que difiere de las obras existentes, siempre utilizando las fuentes referidas a Ignacio de Loyola. Precisamente los aspectos que son fuente de polémica dentro de la historiografía ignaciana son los que el autor elige para tratar la figura de Ignacio, no rehuendo tampoco la toma de partido, pero en el contexto de una argumentación debidamente expuesta.

*David Escribano*

**José María Jover Zamora/Guadalupe Gómez-Ferrer Morant/Juan Pablo Fusi Aizpúrua: *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*. Madrid: Areté 2001. 895 páginas.**

Los autores de este manual de la historia española de los últimos dos siglos ven en la vida cotidiana el factor básico del estudio, siendo por lo tanto también la principal aportación intelectual del libro. Con esta acentuación resaltan las tendencias novedosas en la historiografía de las últimas décadas, a saber: la historia cultural y la historia política en un sentido amplio del concepto. Aspectos como las relaciones entre hombres y mujeres, la evolución de la familia o de las costumbres han adquirido gran peso en los estudios históricos, y ello se refleja ampliamente en este libro.

En la contraportada, se puede leer como auto-caracterización del ensayo: “En su enfoque, España, como parte de la civilización occidental, se hace eco de los cambios ideológicos, materiales, científicos y técnicos ocurridos en dicha civilización. El tiempo requerido para ello, el coste humano, cómo se ven a sí mismos los españoles, cómo son vistos desde fuera y cómo se fraguan determinadas actitudes individuales y colectivas constituyen la

base de la reflexión de los autores de esta obra”.

Básicamente, el estudio se compone de dos partes: La primera abarca desde el año 1808, comienzo de la Guerra de Independencia, hasta el 1931, año de la proclamación de la Segunda República, y está escrito por J. M. Jover. El texto corresponde al publicado hace unos años en la *Historia ilustrada de España* (Editorial Debate), sólo que ha sido alterado en algunos detalles, incorporando Jover sus investigaciones más recientes. Además, G. Gómez-Ferrer, que en sus anteriores estudios se había dedicado ante todo a la historia de la cultura y de la identidad femenina, ha añadido importantes referencias sobre estos temas a los capítulos de Jover.

Quizá el término más importante del libro sea el de civilización, entendida ésta como vida colectiva y moral de una sociedad. Este enfoque impregna prácticamente todo el libro. La Guerra Civil española es interpretada, en este sentido, como una crisis de civilización.

La segunda parte del libro –desde 1931 hasta hoy– es, a diferencia de la primera parte, un texto completamente nuevo y está redactado por J. P. Fusi; tiene una estructura algo diferente. Se guía, más que la presentación de los dos autores de la primera parte, por la evolución política. Cuanto más se acerca el historiador al presente, tanto más difícil resulta un análisis distanciado. Fusi vuelve a demostrar sus cualidades de escritor desapasionado, presentando un excelente resumen, analítico y bien redactado, de los últimos setenta años de historia española. Los tres autores consiguen presentar un tomo con carácter de manual que integra los aspectos más controvertidos de la historia española en la época tratada. Sólo verdaderos maestros en sus respectivos campos consiguen escribir tan densa y al mismo tiempo tan amablemente, considerando siempre el

alto nivel que deben a sus nombres. El libro se publica con una deliberada voluntad de síntesis, de divulgación y de panorámica general. Es resultado y fruto de obras anteriores de los autores; recoge y refleja al mismo tiempo la investigación histórica de los últimos decenios. Debido a su carácter divulgativo, se ha prescindido de notas a pie de página, pero sí se incluye una utilísima bibliografía pormenorizada y puesta al día.

Se trata, en resumidas cuentas, de un libro altamente recomendable para todos los que quieran informarse fidedignamente sobre la historia española de los últimos dos siglos.

*Walther L. Bernecker*

**Hilari Raguer: *La Pólvora y el Incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*. Barcelona: Ediciones Península (Historia, Ciencia, Sociedad) <sup>2</sup>2001. 463 páginas.**

Todos sabemos que el papel de la Iglesia en la historia de España ha sido fundamental a lo largo de muchos siglos, ya desde la Reconquista, la monarquía católica, la resistencia popular en contra de Napoleón y las guerras carlistas. Pero la historia del papel de la Iglesia en la Guerra Civil española (1936-1939) estaba por muchos años en el lugar de la cenicienta, es decir, abandonado por una serie de motivos, entre ellos, la cerrazón de archivos eclesiásticos, la pasión y las emociones que hasta ahora sigue generando el tema y el prolongado silencio de muchos testigos ahora ya muertos. El padre benedictino Raguer, de la abadía de Montserrat, trabajó la cuestión durante décadas. Su primer estudio serio acerca del tema, y en su tiempo el más profundo y equilibrado, lo

publicó ya poco tiempo después de la muerte de Franco y se agotó rápidamente. Para el libro que se publicó en 2001 trabajó muchos años en archivos españoles e italianos, así como en hemerotecas extranjeras. Raguer no oculta su origen y su simpatía por lo catalán y da mucha atención a lo que pasaba en la eminentemente republicana Cataluña. No obstante esto, el trabajo está bien equilibrado. El método de verificación y presentación documental es ciertamente profesional y concienzudo. El autor coloca famosas frases de políticos –como la de Azaña: “España ha dejado de ser católica”– dentro de sus contextos originales y hace una crítica severa a las fuentes y documentos consultados. Su crítica a la Iglesia española, a sus divisiones internas y su papel en la Guerra Civil, es severa, pero parece documentalmente bien justificada. La Iglesia, institución humana, refleja a menudo la sociedad donde se expresa. La Iglesia española tenía en su interior las dos Españas de la Guerra Civil y la trágica tercera España que no cabía ni en la una ni en la otra.

En los primeros tres capítulos vemos cómo el problema religioso en España nunca llegó a resolverse y cómo el alzamiento del 17 de julio de 1936, a lo largo de unos meses, se presentaba como una cruzada nacional en defensa de la religión, aunque la Iglesia no participó activamente en las preparaciones del alzamiento. La ‘modernización’ del catolicismo español fue minoritaria, pero el alineamiento de la Iglesia con la derecha española en los años treinta tampoco era una constante absoluta. Existían dos actitudes cristianas opuestas en la España de los años treinta del siglo xx: la actitud liberal abierta que reconocía a la República, y la conservadora integrista, es decir, en favor de “un estado confesional que impusiera por la fuerza a todos sus súbditos la profesión y la práctica de la religión católica y prohi-



biera cualquier otra” (p. 45). Los integristas cobraron importancia durante los años veinte y la República topó con un episcopado con muchos integristas, pero existía una minoría de prelados y curas críticos. Otro punto importante es que el alzamiento del 17 de julio de 1936 nunca mencionaba en sus primeros bandos la defensa de la religión. Los motivos presentados fueron sobre todo un feroz antiseparatismo, un anticomunismo (aunque en realidad el PCE, no era importante al inicio de la Guerra Civil) y un sentido fuerte antirrepublicano. El monarquismo surgió sobre todo con los requetés navarros, pero ni Mola, ni Franco lo permitieron. La defensa de la religión, sin embargo, surgió porque era un instrumento *par excellence* para legitimar un pronunciamiento militar fallido que ahora tuvo que reclutar apoyo para una guerra civil alargada. De ahí que la Junta de Burgos siguiera los decretos de confesionalización que ya había tomado anteriormente la Diputación de Navarra.

La actitud inicial del episcopado español y el Vaticano es el tema de los capítulos 4-6 y 9. Está claro que la prudencia original, en algunos casos reticencia, de prelados españoles para presentar el alzamiento como una cruzada se esfumó en unas semanas o meses, en parte a causa de presión política o amenazas por parte de la Junta de Burgos, en parte por radicalización del clero debido a la información propagandística sobre el anticlericalismo violento en las zonas republicanas. Pero la implicación de la Iglesia fue creciendo de tal manera que tuvo una influencia importante en el producto ‘final’, es decir la España franquista de los siguientes cuarenta años. La piedra clave era la Carta Colectiva que casi todo el episcopado español –sólo se abstuvieron algunos prelados catalanes y vascos– escribieron a petición de Franco para convencer al mundo católico de la legitimidad del Movimiento

Nacionalista. La carta reflejaba el pensamiento tradicional de la derecha española: subrayaba el apoyo eclesiástico a Franco, daba detalles de persecución religiosa republicana, pero no calificaba la Guerra Civil como una cruzada y se preocupaba por el creciente influjo nazi. Esta carta y las campañas de presentación en el extranjero resultaron exitosas para Franco, pero la Santa Sede se abstuvo de reaccionar. El autor rectifica la afirmación tradicional acerca de un apoyo pleno de la Santa Sede a los alzados y el rompimiento correspondiente con la República. En realidad fue un proceso lento, en el cual se debilitaron las relaciones con Madrid sin desaparecer del todo hasta 1939, mientras que las relaciones con Burgos se desarrollaron con frecuentes conflictos, porque la Santa Sede siguió bajo Pío IX una política tercerista, ni comunismo ni fascismo, y el Papa se consideraba padre de todos los españoles. No obstante eso, desde mediados de 1937 –y paralelamente a las creciente derrota militar republicana– se estrechaban con altibajos las relaciones entre el gobierno de Burgos y la Santa Sede. En junio de 1938 se elevó la representación en Burgos a nunciatura, pero quedaban problemas ásperos, como el nombramiento unilateral de obispos en zonas franquistas y una posible normalización de la administración eclesiástica en zonas republicanas.

Los capítulos 7-8 no presentan un análisis crítico y bien equilibrado de la represión. En las zonas en poder de los alzados se produjeron al inicio asesinatos incontrolados, pero rápidamente la represión fue institucionalizada con tribunales militares, mientras que en las zonas republicanas la gran mayoría de los asesinatos fueron cometidos por los ‘incontrolados’ de comités y sindicatos. Los motivos y juicios de los dos lados fueron a menudo igualmente injustos y a veces no eran sino claras represalias por ejecuciones cometi-

das en el campo opuesto, como veremos en las historias de persecución. Las investigaciones ahora en progreso acerca del monto de los asesinatos tienden a establecer que la represión franquista fue la más cuantiosa y más severa en el sentido de calificar a los que no se adhirieron al alzamiento como rebeldes sujetos a jurisdicción de guerra y de no permitir a los directamente amenazados partir al exilio, algo que sí hizo la Generalitat de Catalunya. Se cierran estos capítulos con el papel del clero castellano nacional-católico y de los capellanes militares, a veces para nuestros principios un verdadero desmadre.

Uno de los capítulos más interesantes es el que trata sobre “aquella tercera España que no cabía en el uno o el otro”, es decir, los intelectuales y otros católicos, a menudo vinculados con colegas nutridos en el catolicismo social francés, que se empeñaban por conseguir la paz militar y civil y la reconciliación. No obstante el peligro que corrieron los pacifistas, el año 1938, con sus frecuentes bombardeos indiscriminados de ciudades, empujó mucho este movimiento de comités de paz en España; estuvo apoyado por las iniciativas de intelectuales y políticos extranjeros, sobre todo en Francia, y una creciente protesta por parte del Vaticano. Pero el derrumbe total del poder militar republicano a fines de 1938 hizo evaporar tales iniciativas.

Los últimos capítulos tienen que ver con la política de disciplina del primer ministro republicano Negrín, que desde mayo de 1937 quiso poner orden, normalizar la vida eclesiástica y reconciliarse con la Iglesia y establecer relaciones normales con el Vaticano. El Vaticano reaccionó con reservas, pero dejaba la puerta abierta en caso de una verdadera mejora de la situación de la Iglesia en la zona republicana. Como era de esperar, tanto el gobierno de Burgos como el cardenal Gomá reaccionaron furiosamente y se negaron a aceptar

alguna administración eclesiástica en las zonas ‘rojas’. Pero los problemas internos republicanos también frenaron un posible acuerdo. Parte de la Iglesia en zona republicana no consideraba oportuno reabrir los templos y parte de ella simpatizaba con el franquismo, mientras que los anarquistas tampoco estaban completamente aniquilados. Cuando, por fin, en diciembre de 1938, Negrín pudo promulgar el decreto creando el Comisariado de Cultos para garantizar la libertad de religión, el ejército franquista ya estaba a la puerta.

El penúltimo capítulo describe en detalle algo que era de esperar de este autor que tanto admira al cardenal catalán y primado de Tarragona Vidal i Barraquer, es decir la lucha del cardenal por seguir administrando su diócesis de Tarragona después de la victoria de Franco. Burgos puso claro al Vaticano que no aceptaría ni al cardenal nacionalista catalán, que además había rehusado firmar la Carta Colectiva del episcopado español de 1937, ni aceptaría a algún vicario nombrado por él. Esta lucha se alargaba, también en el ámbito diplomático. Pío XII nunca cedió ante la presión de Franco y éste tuvo que aceptar que un vicario nombrado por el cardenal administrara la diócesis hasta la muerte de Vidal i Barraquer en 1943.

La Iglesia de la victoria, en vez de pedir la reconciliación de todos los españoles, se lanzó a lo que el autor llama una ‘borrachera de nacional-catolicismo’ con actos rituales que recordaron los siglos de la Reconquista, y en los barrios ‘rojos’ se impuso la asistencia a misa. Solo treinta años más tarde se planteó la necesidad de que la Iglesia pidiera pública y corporativamente perdón por su actitud adoptada en la Guerra Civil, pero aún en aquellas fechas una fuerte minoría de la asamblea votó en contra.

*Raymond Buve*

**Raúl Morodo: *Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado (I)*. Madrid: Taurus 2001. 656 páginas.**

Recuerdos de infancia y juventud de este conocido político de la Transición, militante destacado en la lucha por las libertades durante la segunda etapa del franquismo como estrecho colaborador de su maestro, el también catedrático de Derecho Político y famoso hombre público Enrique Tierno Galván, objeto de recurrente alusión en la obra glosada.

Tras una morosa y muy vívida recreación de su Ferrol natal –en donde, en el seno de una familia de burguesía media, naciera el autor en 1935, educándose allí con los padres mercedarios– y del ambiente social y, preferentemente, académico compostelano –primer curso de Derecho: 1952-53– y salmantino –1953-58– durante los años de licenciatura y doctorado, la obra toma derroteros más acentuadamente historiográficos, con saldo menos positivo que en el terreno memorialístico; en el que los méritos son, en conjunto, muy abultados por la amena al tiempo que precisa pluma del actual catedrático de la Universidad Complutense (después de un largo y accidentado periplo burocrático, narrado con viveza, meticulosidad, acaso un punto excesiva, y bonhomía).

La génesis y formación de la corriente político-ideológica conocida en la historiografía de la oposición antifranquista como “tiernismo” –de muy ambiguos y delicuescentes perfiles por su colindancia, a las veces, con el marxismo doctrinal y el comunismo práctico (del que siempre se apartara Morodo, según su reiterada y bien explícita confesión) y, en otras ocasiones, con el socialismo menos estatalista y más liberal–, así como las vicisitudes y andanzas de buena parte del mundo antidictatorial –demócratas cristianos, “FELIPE”, ASU, PC, monárquicos juanis-

tas, y núcleos radicados en el extranjero como los de Victoria Kent o los republicanos históricos, y animosas y algo utópicas mesnadas y jirones del exilio de la postguerra en Buenos Aires, Santiago de Chile, Toulouse, París, etcétera, etcétera– se describen con rasgos algo desmalazados pero no desprovistos de interés (estancia en la cárcel de Carabanchel durante el trimestre estival de 1957; confidencias de E. Múgica, Javier Pradera o “Federico Sánchez” (nombre de la clandestinidad de Jorge Semprún Maura, según se sabe), caleidoscópico mundo del Colegio Mayor madrileño “César Carlos” –Marino Barbero, Manuel Olivencia, Jesús Aguirre, Juan Antonio Carrillo Salcedo, Alfonso Orti *et caetera*–).

Mimbres biográficos y urdimbre histórica se seguirán tejiendo en la rememoración de la “década prodigiosa”, decisiva también en la peripecia personal del autor. Sus estancias americanas –América yanqui y América española: Puerto Rico, Nueva York, México, Lima...– mezclarán docencia universitaria y actividad política, a veces en rigurosa simultaneidad con las de su maestro Tierno Galván, como en la célebre Universidad de San Juan, pilotada –un tanto narcisísticamente, conforme al juicio de Morodo– por un rector de muchos quilates: Jaime Benítez.

La galería de personajes públicos e intelectuales del Nuevo Continente llevada a cabo por el buido buril del autor sólo es comparable en riqueza numérica y cualitativa a la del Viejo Continente, sin ningún género de dudas la más dionisiaca y amplia de las estampadas hasta el momento en libros de corte semejante al aquí comentado. Ningún rincón de la vida española e hispanoamericana y, por mejor decir, iberoamericana –por la presencia constante del mundo luso en las evocaciones morodianas– queda sin el pertinente escudriñamiento, concluido y desembo-

cado invariablemente en una semblanza coloreada y vivaz, en la que los tonos bienhumorados se imponen sobre los acedidos, incluso en la etopeya de adversarios y enemigos –Carl Schmitt merodeará con frecuencia por las páginas de los recuerdos ahora apostillados–. Fernando Lázaro Carreter, Pablo Lucas Verdú, Elías Díaz, Carlos Ollero, Pedro Laín, A. Truyol y Serra, Luis González Seara, G. Torrente Ballester, Francisco Ayala, Dionisio Ridruejo, Salvador Lisarrague, Pedro de Vega, Ramón Tamames, M. Tuñón de Lara, Juan José Solozábal, son –con un recuerdo muy singular de Tierno (en cuya silueta logra su discípulo predilecto el mayor verismo, al conjugar todos los matices de su envidiable paleta)–, entre una miríada de etopeyas académicas de idéntico porte, las delineadas con tonos más refulgentes. M. Fraga Iribarne, Torcuato Fernández Miranda, Francisco Javier Conde, Salustiano del Campo, Julián Marías, Jesús Fueyo, Vicente Beltrán de Heredia, Felipe Lucena –la lista no es completa–, las de pintura menos esplendente aunque nunca *en noir*... Cuando el pulso narrativo de la obra desfallece –en particular, en sus tramos finales– y las repeticiones crecen con mayor exuberancia, estas pinturas de los principales actores de la vida pública e intelectual de la España de la segunda mitad del siglo XX mantienen la sugestión de la lectura de un libro que acaba en 1969 con una aguda anatomía y desvenamiento del tardofranquismo.

Estamos seguros que Cervantes –cuya sombra amiga se recorta sobre muchos pasajes de los recuerdos de Morodo– se equivocará por una vez y las segundas partes serán todavía más frutivas que las primeras. Y confiemos, igualmente, en que la andadura de entonces sea más serena y detenida, evitándose errores y desmañas como los que deturpan, ay, no pocas

páginas de tan bello libro. Verbigracia, José Luis Comellas como experto colomboinista (p. 64); coincidencia en el mismo gabinete republicano de Giménez Fernández y José María Gil Robles (p. 383); apoyo decidido del episcopado al nacimiento del partido Integrista en 1888 (p. 433); el prelado orcelitano Irastorza como antifranquista (p. 530); Canarias en lugar de Guinea y Sidi Ifni como lugar de confinamiento de los monárquicos tras el fallido pronunciamiento de Sanjurjo en Sevilla en agosto de 1932 (p. 597).

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Joaquín Almunia: *Memorias políticas*. Madrid: Ediciones El País 2001. 445 páginas.**

Recuerdos de la vida pública –con cortas pero muy sustanciosas incursiones por la biografía íntima– de uno de los más destacados políticos de la transición democrática española, en los que destacan primordialmente la sinceridad y el afán de objetividad que presiden casi todas sus páginas, deturpadas, a las veces, por ciertos tics de la más herrumbrosa panoplia “progresista”. En general, las memorias del político bilbaíno –de oriundez, familia y educación netamente tradicionales– constituyen un testimonio de alta cualificación historiográfica para el análisis de la reconstitución y puesta a punta del socialismo hispano cara a su en un principio inesperado y después descollante protagonismo en todo el curso del último tramo de historia nacional.

Situado en posiciones socialdemócratas y muy permeado por los aires del socialismo europeo de los años ulteriores a 1968, el autor ofrece un panorama muy completo y sistemático de todas las

corrientes y tendencias que confluyeron en la praxis gobernante del PSOE. Las dos etapas –1982- 1986; 1986-1991– en que el abogado y economista vasco desempeñó responsabilidades ministeriales se reconstruyen con precisión y sobriedad en cuanto a los medios disponibles –colaboradores políticos, herencia, medios técnicos y materiales–, los objetivos propuestos y las metas alcanzadas tanto en las carteras de Trabajo y Administraciones Públicas que rigiera personalmente, como en el conjunto de la acción gubernamental, ponderándose los éxitos, pero no ocultando las frustraciones y fracasos. Mientras que la tarea al frente del correoso departamento que, en el otoño de 1982, al negarse a ocuparlo José Luis Corcuera, por veto de la UGT de la que era relevante miembro este obrero burgalés, le encomendara a última hora F. González –descrito siempre con perfiles muy halagüeños, pero también sutilmente críticos en algunos pasajes de la obra– estuvo erizada de obstáculos provenientes con frecuencia de la actuación del mítico Nicolás Redondo, que aspiraba a tutelar la actuación del Gobierno en materia laboral, la dirección del Departamento de Administraciones Públicas se encontró facilitada por la buena relación con los diputados y figuras del nacionalismo vasco –excepción: el lendakari Garaicochea (p. 226)– y catalán –loanza semibombástica de Jordi Pujol y Miquel Roca–.

Conforme cabía esperar, otro de los capítulos del reciente pasado del PSOE, aquél en el que Almunia pilotara durante dos años su Secretaría General, como sucesor y heredero en buena medida del líder sevillano, se erige en otro de los centros de interés de las memorias glosadas. En su rememoración, el autor extrema el rigor y la modestia hasta llegar a convertir en ciertos instantes su evocación en una página casi de historia. Así, su pluma no

tiene empacho en declarar los malos resultados cosechados por la diarquía formada por él y Josep Borrell e instituida tras las famosas elecciones primarias, celebradas mediante sufragio universal en el seno de las filas del partido, para candidato a la Presidencia del Consejo de Ministros de la nación una vez que hubiere finalizado la primera legislatura aznarista. La autocrítica es aquí más honda que la heterocrítica, como vuelve a suceder a la hora de estudiar las causas de la derrota socialista en los comicios de marzo de 2000, con el autor como aspirante a la jefatura de gobierno.

Memorias, pues, muy alejadas del vivismo y mitomanía hodierno habituales en la caudalosa y aluvial literatura memoriográfica española, de enjundia y sustancia historiográficas muy superiores a lo indicado por algunos de los budas del discurso dominante en los grandes medios de comunicación y bibliográficos. Pues, en efecto, tanto el aparato gobernante –sus elites y núcleos de decisión– del Partido Socialista entre 1975 y 2000, como la fisonomía y dinámica del partido son objeto de un análisis veraz y lúcido, con copiosa información y honesta escritura.

Retratos al desgaire pero muy afinados de la ebullente humanidad de la transición y del período posterior, reservando el autor algunos de sus escasos dardos a personajes como Cuevas, presidente de la Confederación Española de Empresarios, o Mario Conde.

Joaquín Almunia, aficionado a la buena música y, en menor medida, a la buena mesa, contribuyó en porción muy principal a los muchos y grandes éxitos del socialismo en el poder; y poco o nada a sus también muy numerosos y abultados reveses y fallos. *Malgré lui*, tal es la conclusión que el lector sereno e imparcial extraerá de un libro honrado e indispensable para el conocimiento de la política

nacida en los palacios de los príncipes y en las altas esferas de la nación en un tiempo en el que el pueblo recobraba su soberanía.

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Camilo José Cela: *Memorias. Entendimientos y voluntades*. Madrid: Espasa-Calpe 2001. 537 páginas.**

Segunda parte de los recuerdos del último premio Nobel de Literatura español, extendidos entre 1926-1942, fechas respectivamente de su instalación en Madrid a los nueve años de edad y de la publicación de su novela *Pascual Duarte*, sobre la que otra vez se vuelve con anotaciones novedosas en parte. Un amplio y muy representativo segmento de la vida madrileña de dicho período –hábitos y mentalidad de la alta burguesía, vicisitudes de la enseñanza media en colegios religiosos e institutos, primeras vicencias culturales de la sociedad de masas, dinámica y comportamiento de algunos ambientes literarios– se evoca con pluma humorada y buida, convirtiéndose en ciertos pasajes en testimonio de alto valor historiográfico. El cual se mantiene igualmente a la hora de evocar la guerra desde el observatorio de un peculiar soldado del bando nacionalista, con prolongadas estancias por enfermedad en una retaguardia riojana, leonesa y gallega analizada con suma agudeza y vis cómica, sin llegar nunca al esperpento. En conjunto, el escritor coruñés mostró una viva compasión y simpatía por un pueblo al que los totalitarismos y la política internacional de los últimos años treinta convirtieron en víctima propiciatoria de sus disputas. De otro lado, curas y militares constituyeron para el autor el bípode de la sociedad hispana

contemporánea. Pese a que la intención de la obra margina los aspectos estrictamente políticos, su constante contextualización histórica determina que las alusiones a la España de la primera década socialista sean frecuentes y a menudo ácidas, como asiduas se descubrirán también las referentes a la etapa franquista. No obstante el completo rechazo de los nacionalismos por el autor, Cela critica sañudamente la prohibición del catalán decretada por Franco tras la toma de Barcelona por sus tropas. Juicios y opiniones a contracorriente de diversas figuras: Azaña, Negrán, Franco, Juan Aparicio, Pedro Salinas, etcétera. En un texto muy cuidado en todos los aspectos, sólo se detecta una inadecuada datación al adelantar en un sexenio la designación de E. Pla i Deniel como arzobispo de Toledo (p. 207).

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Cristina Alberdi: *El poder es cosa de hombres: memorias políticas*. Edición de Lucía Méndez. Madrid: La Esfera de los Libros 2001. 328 páginas.**

Memorias primordialmente políticas de quien fuese destacado miembro del último gabinete presidencial de Felipe González –1993-96–. Nacida –febrero de 1946– en el seno de una familia tradicional y altoburguesa y educada conforme a sus patrones y normas, el ingreso en la Facultad de Derecho complutense (1963) entrañó para esta sevillana *per accidens* un giro casi radical en mentalidad y comportamiento, coincidente con el gran cambio producido en la sociedad española del tardofranquismo. Ganada para la acción política *latu sensu* y las causas laboristas y feministas, pronto se tallaría un sólido prestigio en ambas, esencialmente en la

segunda, de la que llegaría a ser en la etapa finisecular una de sus campeonas más ardidadas. El ambiente de los círculos progresistas de la capital del país en los años setenta y ochenta de la centuria pasada se describe con un punto de hagiografía, pero con singular riqueza de detalles de figuras y acontecimientos, entreverados con numerosas reflexiones íntimas, en las que la baratura –tópicos, lugares comunes, descubrimientos de Mediterráneos, infirmitad doctrinal– se encuentra mezclada con valientes y buidas acotaciones sobre el papel subordinado de la mujer en gran parte de la historia, el futuro demográfico del mundo, la resistencia de las instituciones y organismos estatales frente a la incorporación femenina a puestos de alta responsabilidad –deliciosas y, a las veces, inefables viñetas de la estancia de la autora en el Consejo General del Poder Judicial como primer miembro femenino en su trayectoria–, actitud –supuestamente opositora– de la gran prensa ante el mismo fenómeno, etcétera, etcétera. La cruzada feminista al servicio de la cual se hila la mayor parte de tal meditación es, naturalmente, digna de aplauso enaltecido, por más que en ciertos extremos su ardor militante le haga descontextualizar la evolución histórica. Parte, por ejemplo, de su justa diatriba contra el machismo de la sociedad hispana ganaría en exactitud y alcance si se le cotejara con el de otras sociedades de Occidente. Verbigracia, en Francia la profesión de meteorólogo estuvo prohibida a las mujeres hasta 1974 por razones de estética y seguridad... (Al respecto, los libros de recuerdos de la primera mujer-ministro francesa, Françoise Giroud, le prestarían útiles servicios a nuestra autora.)

No obstante la valía de los escolios mencionados, en el orden historiográfico tal vez el máximo interés resida en la enjundiosa pintura que de las esferas políticas

madrileñas de dichos años hace la antigua y muy destacada ministra de Asuntos Sociales, a título de independiente, ya que su afiliación en el Partido Socialista sería ulterior. Hasta el presente, pocos testimonios pueden rivalizar con el aportado por esta descollante feminista en orden a objetividad, abundancia de pormenores y sentido crítico. Así, el aparato de poder del PSOE –algo también se dice y se vislumbra del de su principal rival, el PP– se despieza en pocos pero muy relevantes aspectos, poniéndose a la luz –siempre con discreción– claves internas y comportamientos esotéricos. Como cabe presumir, antagonismos, rencillas y discrepancias tanto en la cúpula como en las organizaciones de base –cuadro impagable el de la muy pugnaz y decisiva Federación Socialista Madrileña– comparecerán en este retablo familiar, dibujado en ocasiones con dureza pero invariablemente con dolorido sentir cara a un presente y un futuro fecundo y, a ser posible, radiante. En este terreno, aunque, ni la autocrítica ni la mesura llegan por entero a desaparecer de la pluma de la autora, filias y fobias se perfilarán con cierta nitidez. Verbigracia, la admiración incondicional por su coterráneo F. González –bien que, al desgaire, se apunten algunas reservas y distancias de pequeña entidad–, la viva simpatía por el alicantino Pedro Solbes –de quien se encarecerá su preparación, templanza y a-partidismo–, el respeto por la competencia y sólido trabajo de Javier Solana y Narcís Serra, la benevolencia por Javier Corcuera y la estima intelectual por Josep Borrell, el afecto por Jerónimo Saavedra, –la apuesta por José Luis Rodríguez Zapatero– vívido cuadro del último Congreso Nacional del PSOE (julio, 2001), etcétera, etcétera; al tiempo que otros compañeros de filas se siluetearán con menos calor y cordialidad: algunos guerristas –no todos: José Acosta, por ejemplo, la misma Matilde Fernández, también Alfredo Rubal-

caba, Enrique Múgica, y, de forma singular, su colega de gabinete Juan Antonio Belloch—, mientras que en otros la reluctancia será sólo parcial, por ejemplo, José Barrionuevo. Al margen de la órbita de la política, las inclinaciones ideológicas y axiológicas de C. Alberdi se decantarán invariablemente por los elementos “progresistas”, si bien en su particular ecuación conservadurismo igual a negatividad, librará de cualquier rēspice a personalidades ubicadas en aquél como el extremeño Antonio Hernández Gil o el tarraconense Antonio Pedrol Rius. Algún gazapo: al gran polemólogo y antiguo capitán del ejército británico Liddle Hart se le presenta como “crítico... político” (p. 273).

El ejemplo memoriográfico dado por la única figura de la política española actual que atesora la experiencia del paso por los tres poderes del Estado debería ser muy imitado para el bien de la ciudadanía y de la disciplina histórica. El lector de un libro escrito sin pretensiones literarias pero con excelente pulso narrativo como el de esta mujer entregada admirablemente a la consecución de sus ideales —todos o casi todos de la mejor prosapia humanista— no dudará en confirmarlo.

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Gonzalo López Alba: *El relevo. Crónica viva del camino hacia el II Suresnes del PSOE, 1996-2000*. Madrid: Taurus 2002. 502 páginas.**

Excelente crónica de los acontecimientos más destacados de la evolución del Partido Socialista Español entre su abandono del poder en las elecciones de 3 de marzo de 1996 y la designación de José Luis Rodríguez Zapatero como su secretario general en julio de 2000. Libro que

puede considerarse como modelo de periodismo político, el glosado prestará sin duda valiosos servicios e incluso podrá en algunas de sus páginas considerarse como fuente de cierto relieve por los historiadores futuros. Basado esencialmente en un centenar casi de entrevistas con actores y protagonistas de indudable notabilidad en el desencadenamiento y desarrollo del zigzagueante proceso regenerador de la más importante fuerza política de la izquierda española, la obra se enriquece también por la labor detectivesca llevada a cabo por el autor en las diversas corrientes del PSOE y en los muchos meandros del curso de las posturas e ideas que desembocaron en el inesperado triunfo del joven líder leonés y sus alevines contra el poderoso aparato del partido. Naturalmente, la actitud de Felipe González a lo largo del cuatrienio 1996-2000 es objeto de particular y buido análisis por un periodista que en ningún momento pretende convertirse en historiador y realiza con loable modestia su tarea de cronista, como lo evidencia, verbigracia, la elusión de comillas en la reproducción de los numerosos diálogos que empiedran el jugoso texto, muchos de ellos seguramente exactos y casi todos verosímiles. Los intercambiados entre el jefe de gobierno español de mayor permanencia en el poder ejecutivo en una situación liberal o democrática y su heredero al frente del PSOE son muy escasos y algo anodinos, para subrayar quizá el menguado o nulo papel representado —conforme la opinión más extendida y a la que semeja unirse el autor— por Felipe González en la elección de un Zapatero incondicional admirador de su figura y obra.

Justamente cuando la obra incursiona por terrenos ajenos a la candente actualidad, aparecen los gazapos y tropiezos. *Ad exempla*: Tony Blair como debelador y sustituto de la “Dama de Hierro” (p. 134); “revolución de Kemal Atatürk contra la



dictadura” (p. 150); el ingeniero Anselmo Carretero definidor original del concepto de España como “nación de naciones” (p. 260); participación del PSOE en el Pacto de San Sebastián de agosto de 1930 (*ibídem*) y un etcétera por fortuna no muy roborante. De cara al empleo historiográfico del libro comentado convendrá apuntar que el cuadro dibujado en sus páginas acerca de la última experiencia gobernante socialista, esto es, el trienio 1993-6 se halla muy conseguido en punto a información depurada y encuadramiento acertado, hasta el punto de poder estimarse como la primera síntesis de alguna entidad acerca de tan decisivo período de la vida nacional, que contó, en líneas generales y pese a sus crisis, con uno de los gabinetes democráticos de mayor cualificación técnica.

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Santiago de Pablo/Ludger Mees/José Antonio Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*. Barcelona: Ed. Crítica 2001. XV, 484 páginas.**

En un estudio reciente sobre los nacionalismos en España se resalta, con respecto a la historiografía sobre el nacionalismo vasco, que dicha historiografía tiene sólo tres decenios de vida ya que la literatura anterior tiene carácter militante o partidista y no es de índole profesional con metodología científica<sup>1</sup>. Los primeros autores que se ocuparon de la historia nacionalista en los años treinta, ya encarnaban una de las dos corrientes tradiciona-

les del nacionalismo: o bien la moderada, o bien la radical. La verdadera historiografía científica sobre el nacionalismo vasco surge a partir de la Transición; en el último cuarto del siglo xx, la historiografía vasca ha avanzado enormemente tanto en cantidad como en calidad, teniendo en el nacionalismo uno de sus temas estelares. Toda una serie de estudios se concentra en el análisis de los orígenes y la fundación del Partido Nacionalista Vasco, en la historia del nacionalismo durante la II República y la Guerra Civil, en la dictadura de Franco y, ante todo, en el análisis de ETA, la organización que ha acaparado la mayoría de la bibliografía. Lo que faltaba hasta ahora, era una historia general del nacionalismo vasco desde sus orígenes hasta hoy, ante todo una historia no partidista y dirigida a un público no exclusivamente académico. Porque no cabe duda que para entender la compleja y controvertida realidad vasca de hoy en día es necesario conocer ante todo la historia del nacionalismo vasco. *El péndulo patriótico*, publicado en dos tomos de los que aquí se reseña el segundo, que abarca el período desde comienzos de la Guerra Civil (1936) hasta la entrada en vigor del Estatuto de Gernika (1979), y escrito por los profesores Santiago de Pablo y Ludger Mees (ambos de la Universidad del País Vasco), así como por José Antonio Rodríguez Ranz (de la Universidad de Deusto), es la primera historia completa del Partido Nacionalista Vasco con pretensiones científicas.

El título de la obra ya es interpretación. Según los autores, las contradicciones existentes en la historia del partido desde un principio siguieron guiando la evolución histórica del PNV también después de 1936, por lo que continuó siendo un péndulo, “es decir, manteniendo su anclaje en la defensa de la identidad nacional vasca, mientras oscilaba alterna-

<sup>1</sup> Cf. José Luis de la Granja, Justo Beramendi, Pere Anguera: *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, 2001, p. 283.

tivamente entre las diferentes posibilidades que se le presentaban, dependiendo de las circunstancias externas y del equilibrio de opciones e intereses dentro del partido” (p. 381). La mayor especificidad del partido es, pues, la dualidad ideológica y política: por un lado la tendencia independentista araniana, por el otro la autonomista compatible con la permanencia en el Estado español.

El libro está subdividido en cinco capítulos. El primero abarca el período de la Guerra Civil y analiza temas tan espinosos como la necesidad del PNV de tener que tomar partido por uno de los lados beligerantes, la discutida (y discutible) rendición de Santoña y la intención nacionalista de conservar lo más posible sus propios recursos militares y humanos. El segundo capítulo trata de la fase de la II Guerra Mundial, del llamamiento de Aguirre a alistarse en el lado francés contra los nazis, del espionaje vasco en favor de los aliados, de la radicalización del PNV a lo largo de la guerra y del fracaso de su estrategia independentista al término de ella. El tercer capítulo, con el significativo título “Esperanza y ocaso”, comprende los años desde el final de la Guerra Mundial hasta 1960; fue en el nacionalismo vasco una fase primero de entusiastas esperanzas de poder retornar a una situación democrática en la que se podría restituir el Estatuto de Autonomía; después se afianzó el antifranquismo en el País Vasco, mientras que en el exilio fueron restablecidas las instituciones republicanas en las que el PNV jugó un papel importante. Además, el nacionalismo vasco fue de importancia en la gestación de la Internacional Demócrata-Cristiana. Por otro lado, los años cincuenta fueron una etapa negra, en la que se desvaneció la esperanza inicial de que el régimen fuera derribado. Al mismo tiempo, surgió una nueva oposición, a la que en cierta manera tam-

bién pertenecía ETA (cuyo manifiesto fundacional se publica por primera vez en este libro). La mayor parte del estudio se centra en la historia del PNV en esta fase franquista, sacando a la luz su acción política apenas conocida de 1950 a 1975 debido a que la atención de los historiadores y científicos sociales se había volcado, más que nada, en analizar el origen y la trayectoria de ETA.

El cuarto capítulo describe “el final de una etapa (1960-1975)” y comprende la difícil relación entre los dirigentes tradicionales del nacionalismo vasco y ETA, considerando que esta última organización hacía uso de la violencia. Por lo general, la dirección nacionalista rechazaba el empleo de la violencia; por otro lado, y aunque le costaba esfuerzos, a menudo parte del PNV mostró solidaridad con y apoyo a los etarras. De todas maneras, ETA tuvo múltiples repercusiones en las organizaciones antifranquistas, ante todo en el nacionalismo vasco moderado.

El último capítulo aborda la transición democrática (1975-1979), una fase en la que se incorporaría una nueva generación (muy duradera) en la dirección del nacionalismo vasco. De especial importancia serían las conflictivas relaciones entre el PNV y ETA, las faltas cometidas durante la Transición frente al nacionalismo vasco, la elaboración de la Constitución de 1978 y del Estatuto de Gernika de 1979.

Este somero recorrido por las fases más importantes del nacionalismo vasco no refleja –ni distantemente– la plenitud de aspectos e interpretaciones presentadas en este denso libro. Los autores consiguen llamar la atención tanto sobre las diferencias que caracterizaron al País Vasco con respecto al resto de España como sobre la división existente en el seno del nacionalismo vasco sobre la cuestión independentismo versus autonomismo. Por primera vez, los tres historiadores han podido ac-

ceder sin ningún tipo de restricciones al archivo del PNV, pudiendo hacer uso de documentación inédita hasta el momento. En una “nota previa”, los autores dicen claramente que su libro no es una historia global del nacionalismo en su conjunto; se trata más bien de una historia política del PNV. Por eso, no se abordan toda una serie de aspectos interesantes como la pervivencia de la identidad nacionalista vasca durante el franquismo, la acción cultural o la sociabilidad en el interior.

Indudablemente, también este segundo tomo de *El péndulo patriótico* es un excelente libro de historia que va mucho más allá de ser solamente una síntesis, ya que los autores en muchos casos no han podido hacer uso de una copiosa bibliografía, sino que han tenido que narrar e interpretar los sucesos partiendo de las fuentes primarias. Merece ser resaltado que han conseguido una perfecta combinación de narración histórica e interpretación analítica.

En un principio, estaba previsto que el segundo tomo abarcaría el período hasta el año 2000. Finalmente, los autores optaron por terminar su obra en 1979 con la entrada en vigor del Estatuto de Gernika. Si bien ello es comprensible debido a las polémicas políticas en torno al nacionalismo vasco desde entonces, por otro lado es lamentable ya que el nacionalismo moderado no dispone de una buena historia de los últimos 25 años a pesar de ser el PNV el partido más importante electoralmente y haber gobernado la Comunidad Autónoma Vasca desde el principio. Sería de desear que el trío tuviera la energía de presentar algún día la continuación hasta el presente de su magnífica “Historia del Partido Nacionalista Vasco”.

*Walther L. Bernecker*